

¿DÓNDE ESTÁ CRISTO?

Orville Swindoll

Los cristianos entendemos que Jesucristo murió y resucitó en el suelo de esta tierra donde habitamos. La realidad de su presencia aquí, su muerte expiatoria y su victoria sobre el pecado y la muerte constituyen puntales de nuestra fe y son parte de nuestra confesión abierta, firme y gozosa. Sobre estas verdades se fundamentan la fe y el poder del evangelio.

Pero el tema que quiero abordar ahora es otro: ¿Dónde está Cristo en la actualidad? Con toda claridad la Biblia afirma que está sentado en el trono del universo al lado del Padre, donde está esperando la capitulación de todos sus enemigos, ya vencidos por su muerte y resurrección. En realidad, la confianza nuestra en medio del vaivén de la vida y las situaciones complejas y negativas que nos toca enfrentar se mantiene por fijar nuestra vista en Cristo, sabiendo que su victoria es, al fin y al cabo, nuestra victoria también.

Sin embargo, esto no es todo. Hay otra realidad que debemos comprender para vivir cada día confiados. Jesucristo nos ha prometido vida ... y vida en abundancia. ¿De qué manera podemos vivir esa abundancia cada día y en todas las variadas situaciones de la vida?

Quiero llevar su atención a unas palabras maravillosas que Jesús pronunció ante la mujer samaritana en el Evangelio de Juan, capítulo 4. El relato bíblico nos cuenta que él, *«fatigado del camino, se sentó junto al pozo»* donde luego vino ella con un cántaro grande para sacar agua. Jesús le hizo un pedido sencillo:

—*Dame un poco de agua.*

Se extrañó la mujer que un judío iniciara una conversación con una samaritana, pues todos los judíos que ella había conocido despreciaban a los samaritanos, pueblo mestizo con unos conceptos religiosos raros. Ella manifestó su asombro diciéndole:

—*¿Cómo se te ocurre pedirme agua, si tú eres judío y yo soy samaritana?*

Después de un breve intercambio de palabras, Jesús le hizo una declaración que le sorprendió a la mujer:

—*Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed, pero el que beba del agua*

que yo le daré, no volverá a tener sed jamás, sino que dentro de él esa agua se convertirá en un manantial del que brotará vida eterna. (Juan 4:13–14).

Eso sí le picó la curiosidad, de modo que respondió inmediatamente:

—*Señor, dame de esa agua para que no vuelva a tener sed ni siga viniendo aquí a sacarla.*

Vamos a recapitular un poco para poder entender mejor el cuadro. Esa mujer venía todos los días con su cántaro vacío para llenarlo y llevarlo a su casa. Probablemente debía hacerlo varias veces en el día. No hay duda de que ese trabajo le producía cansancio como también fastidio, pues no contaba con «agua corriente» en casa. Supongo que jamás soñó con tener un grifo en su casa conectado a una bomba que le trajera agua del pozo, pues eso ni siquiera era remotamente posible. ¡Cuántas veces veía el cántaro vacío de nuevo, sabiendo que ya tendría que hacer otra caminata al pozo!

Pienso en los muchos cristianos que viven aún de la misma manera. Por no tener «agua corriente» —me refiero aquí al agua espiritual— tienen que conformarse con llevar su cántaro o su balde a la próxima reunión de la iglesia, a fin de suplir su necesidad de aliento por otro tiempo breve. Hay quienes viven así siempre. La provisión de agua para satisfacer su sed siempre está lejos de casa, siempre en otro sitio. Su vida espiritual y su aliento para enfrentar los problemas del día dependen de las ocasiones cuando puede sacar un poco de agua de otra reunión con sus hermanos en Cristo.

¡Cuán diferente sería si pudieran contar con un manantial en casa!

Pues, mis hermanos, les quiero afirmar con toda convicción que eso es exactamente lo que Cristo promete. Más adelante, en el mismo Evangelio de Juan, Cristo hizo esta proclama:

«*¡Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba! De aquel que cree en mí, como dice la Escritura, brotarán ríos de agua viva*» (Juan 7:37–38).

El apóstol Pablo se refiere a la misma realidad en Colosenses 1:27, al afirmar: «*Dios se propuso dar a conocer ... la gloriosa riqueza de este misterio entre las naciones, que es Cristo en ustedes, la esperanza de gloria*».

Aquí tenemos el resto de la respuesta a la pregunta que les hice al principio:

¿Dónde está Cristo? No solo está sentado en el trono del universo, sino que vive dentro de cada cristiano. Al ofrecernos vida eterna, no solo pensaba en el estado futuro glorioso, sino en su presencia dentro de nosotros: ¡esta es la realidad que cambia la manera de vivir de cualquiera!

¡CRISTO EN NOSOTROS, LA ESPERANZA DE GLORIA!

Pregunto ahora: ¿comprendió la samaritana la diferencia entre tener que llenar el cántaro varias veces al día y tener un manantial dentro de su ser? Para saber, leamos el testimonio de Juan 4:28–29:

La mujer dejó su cántaro, volvió al pueblo y le decía a la gente:

—Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será éste el Cristo?

El testimonio mudo del cántaro abandonado junto al pozo dio evidencia que la mujer, al fin, pudo experimentar el manantial adentro.

Nosotros también podemos contar con «agua corriente» del Espíritu en casa. El flujo del Espíritu de Dios está en nuestro propio ser, porque allí vive Cristo.

Proclamemos juntos: **¡CRISTO VIVE EN MÍ!**